

LA FORMACIÓN EN HUMANIDADES: DESAFÍOS ACTUALES

Agradezco al Rector Ennio Vivaldi su asistencia y al Decano Carlos Ruiz darme esta oportunidad de compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la situación de las humanidades, la formación humanística y la cuestión ineludible de las circunstancias en las que debemos dictar las clases en las condiciones actuales.

Damos una cálida bienvenida a los alumnos y alumnas que se integran a la Universidad.

Sobre el primer punto –la enseñanza en humanidades- cabe distinguir dos situaciones. Si se da en el marco de otras profesiones –periodismo, medicina, ingeniería, abogacía, etc -, la formación humanística es complementaria y uno de sus propósitos es neutralizar el autocratismo disciplinario, lo que se suele llamar deformación profesional. Desde luego, caben en la enseñanza profesional materias como la ética, la lógica de la argumentación, la teoría de sistemas, así como cursos especiales de literatura, historia y filosofía, que buscan familiarizar al futuro profesional con otros modos de pensar y ampliar su horizonte de comprensión del mundo. En cambio, su apertura al tipo de sociedad en la que vive, el compromiso y responsabilidad con ella, son parte de la formación del *ethos* ciudadano, un aspecto que sobrepasa la educación técnico- profesional y contribuye a la formación democrática. Porque la democracia no es solo una forma de gobierno ni un sistema institucional o un conjunto de principios y normas, tampoco es de izquierda o de derecha, pero permite que siga habiendo izquierda y derecha, y no puede funcionar sin ciudadanos. Formar al profesional ciudadano no puede ser algo ajeno a la educación humanística. Me parece que este es un objetivo superior de la enseñanza de las humanidades, tanto en las escuelas profesionales como en las propias disciplinas humanísticas.

Es posible hacer extensivo a las pedagogías lo dicho sobre las humanidades en escuelas profesionales, porque el campo en el que mayormente se ejercen disciplinas como la historia, la literatura, la filología y la lingüística, es la docencia. En cuanto a la enseñanza de las humanidades en las Facultades de humanidades, dicho así, parece como enseñar la importancia del agua en la navegación. Sin embargo, como también en las humanidades se suele dar, con otras características quizá, el autismo disciplinario, vale para ellas la necesidad de complementar la formación en la propia disciplina con otras afines o colindantes. En este caso, suele ser posible interdisciplinariedad y, por tanto, la complementación es funcional a la propia formación. Así, por ejemplo, la psicología, la

economía y la sociología son complementarias de la historia y, en ciertas áreas, complementarias entre sí.

Respecto a la pregunta sobre cuál debería ser el rol de las humanidades en la universidad, baste por ahora con señalar que no existen universidades sin educación humanística. Lo interesante es averiguar por qué.

Aunque uno no comparta la divisoria entre cultura científico-técnica y cultura humanística (Charles Snow), las humanidades tienen diferencias con las carreras profesionales. No tanto con las ciencias, porque, aparte de los métodos interpretativos propios de las humanidades y las llamadas ciencias del espíritu en general, las humanidades comparten con la investigación científica un aspecto fundamental, y es que poseen un valor intrínseco, que predomina sobre su valor instrumental o utilitario. Las profesiones, en cambio, poseen sobre todo valor instrumental. Se dirá que la ciencia posee altísimo valor instrumental, que sus aplicaciones son más productivas y hasta lucrativas que cualquier profesión. Pero me refiero a la investigación, a la práctica de la ciencia, que requiere ante todo de amor al conocimiento, es decir, que el sentido de la práctica científica se halla en ella misma, independientemente de sus logros. La tesis inversa, según la cual el sentido de la ciencia se halla en la técnica, en el conocimiento aplicado, responde a la cuestión *¿Para qué la ciencia?*; y nuestra pregunta es *¿Por qué la ciencia?* Me parece que la respuesta es análoga para las humanidades, pues, al igual que las ciencias, estas se practican por amor de sí mismas, al margen de su utilidad y beneficio. Por lo demás, perfeccionarse en cosas inútiles no le convierte a uno en un perfecto inútil salvo que tenga una predisposición muy acentuada.

No existen universidades sin educación humanística, decíamos. Las llamadas profesiones liberales podrían, en rigor, enseñarse en institutos profesionales o en escuelas técnicas; pero una universidad que resolviera erradicar de sus aulas el pensamiento crítico, la argumentación razonada, la reflexión libre e informada, el pluralismo y la autonomía de pensamiento, renunciaría a su razón de ser. La academia nació de un intento por salvaguardar la libertad de pensamiento, de reservar un lugar a la crítica razonada, un espacio donde no haya límites al preguntar, y no se descalifique ninguna pregunta.

Ese fue el propósito de Platón al crear la primera Academia en Atenas. Pensó en un lugar de cultivo del saber y del arte de la argumentación racional, un espacio depurado del oprobio y la injusticia, que reinan en la *polis*. Hubo dos experiencias en la vida de Platón que quizá influyeron en esa decisión; dos vivencias que provocaron en él una animadversión contra la política, pero no mellaron su convicción de que el pensamiento libre no puede ser erradicado de la ciudad. Una de ellas, fue la condena al exilio de Sócrates, decretada por los jueces atenienses, y que le condujo a la muerte; la otra, fue la

pena de destierro que el propio Platón sufrió a manos del tirano de Siracusa, y le valió ser subastado como esclavo en el mercado de Egina. Fue rescatado por su amigo Aníceres. Estas experiencias redoblaron su convicción que la libertad y la crítica son esenciales a la *polis*. Pensar libremente en realidad es sinónimo de pensar; no es lo mismo, que la libre expresión de las ideas, pues esta supone un saber previo ya establecido, el pensamiento libre es creador en el sentido que abre nuevos posibles.

La libertad y la reflexión crítica son inherentes a la universidad, son dos dimensiones irrenunciables, que las universidades modernas retuvieron de la antigua Academia, de allí que se organizaran en torno a las humanidades. La universidad no puede renunciar a ellas sin abdicar de lo que es ¿Podría la universidad renunciar a las pedagogías?

Hasta no hace mucho, la enseñanza en humanidades se dictaba en Chile en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, que era una Facultad de Filosofía y Educación. Al final de la carrera, los alumnos elegían tomar los cursos de pedagogía si querían titularse de profesores. En caso contrario, se graduaban de Licenciados en la disciplina de su elección. La exigencia de una tesis era la misma en ambos casos. Me parece que la imbricación entre pedagogía y humanidades que se produjo en el Pedagógico, fue muy lograda. Pero llegó un momento en que se las separó: las pedagogías se ofrecieron en una nueva universidad creada para el efecto, que se llamó de las Ciencias de la Educación o algo así, y a las humanidades la mandaron a la punta del cerro, más precisamente, a las laderas, en *La Reina*, como si las humanidades no tuvieran nada que ver con la educación, y los humanistas ejercieran en el *topos uranos* y transmitieran por osmosis su saber a cuerpos gloriosos.

La presencia de las humanidades en el mundo no se reduce a las pedagogías, es cierto, pero el sincretismo institucional entre ambas condiciona su modo de ser en el espacio público y su relación con el poder. Los políticos de profesión viven en el plazo corto, piensan ante todo en su carrera, como es obvio, y su primera prioridad es la reelección: no precisamente abrir camino a los que vienen; difícilmente aceptan o siquiera captan, que haya una crisis de las humanidades. En cambio, la falta de profesores, es una realidad contundente, inescapable, y se impone como la fuerza de gravedad.

La cuestión de la diferencia entre las pedagogías y las humanidades, es opinable, y la idea que cada uno se haga al respecto, mientras se mantiene como opinión privada, no hace ningún daño. Pero la opinión de que son diferentes, llevó a la creencia de que debían estar separadas y, cuando eso se convirtió en una política pública, se terminó alterando por completo el marco institucional de la enseñanza humanística. Se habla mucho de la crisis de las humanidades en el mundo actual, pero nosotros deberíamos hablar más bien de

derrota histórica de las humanidades; fueron los propios humanistas, por lo demás, los que se pusieron la soga al cuello, los militares no tuvieron más que apretarla.

Entretanto, se ha creado una situación distinta, y es difícil, de buenas a primera, revertirla: la historia no es rebobinable. Queda en pie, sin embargo, que el desguace de la Facultad de Filosofía y Educación no dio los réditos esperados, la simbiosis entre ambas se malogró y el ciclo que ahora se inicia, pandemia mediante, trae nuevos y enormes desafíos. Me pregunto, al mismo tiempo, si esa erosión institucional no es parte de un fenómeno mayor: un proceso lento, soterrado, silencioso, hasta cierto punto anónimo, que ha venido socavando cada una de las instituciones de este país, y ha debilitado hasta las bases su democracia. Abarca al mundo entero, sí, pero alcanza sobre todo y más gravemente a los países de menor espesor cultural. La crisis de las humanidades es un fenómeno político, no en el sentido de una relación causal sino sintomática entre ambas. La descomposición del debate público y el empequeñecimiento de la política son *síntomas* de esa crisis. A fin de cuentas, la política es también una cuestión de ideas.

En lo más inmediato, tendremos que contar, por lo menos este año, con cuarentenas, confinamientos y restricciones a las libertades fundamentales; limitaciones análogas a las que soportan los presos en las cárceles, los enfermos en los hospitales, los locos en los hospicios. La catástrofe sanitaria es la más visible y reconocida: ha desatado toda una campaña y una épica, en cambio, está ocurriendo una catástrofe silenciosa, invisible, silenciada por la misma emergencia, que afecta a los jóvenes, sobre todo a los más jóvenes, no tanto en su educación formal y escolar, como en la informal del hogar, convertido en refugio, cárcel y sanatorio: todo a la vez. No hay PCR para detectar esto, no hay diagnóstico definido para este mal ni hay la épica respectiva. En la guerra, se limitan las libertades; la pandemia es una especie de guerra sin épica, solo con estadísticas. Si se cierra todo, morimos todos; si no se cierra nada, habrá más muertos de la cuenta. El llamado negativismo, el rechazo a la autoprotección, parece más una expresión de desesperación y hastío, que otra cosa. El entendimiento común distingue perfectamente el bien y el mal, pero tiende a confundirlos cuando están entreverados, y lo bueno se imbrica con lo malo, y hay que elegir la mejor opción o la menos mala. Lo que se quiere negar es que las cosas, aunque vayan mal, siempre pueden ir peor.

La pandemia trajo cambios en las condiciones de vida y en las condiciones de muerte; se ha desritualizado la muerte y convertido en numérica, solitaria, estadística. Tenemos que suponer que vamos a seguir viviendo y responder a estas nuevas condiciones de trabajo y estudio. La prolongación del actual estado de cosas significa que saldrá una generación de graduados y titulados, que les tocó formarse en cursos en línea durante uno, dos o quizás cuantos años más. La primera cuestión, entonces, es hasta qué punto la presencia hace una diferencia sustantiva con la clase en línea. Se presume que la hay, pero si se consolida la

percepción pública de un diferencial, significaría una desventaja, injusta, pero es preciso enfrentarla con veracidad y respuestas apropiadas.

La enseñanza en humanidades se realiza básicamente a través del lenguaje; trabajamos con palabras, no se requiere tanto de laboratorios, experimentos y actividad en terreno como de lectura, trabajo en biblioteca y comunicación, mucho diálogo y comunicación. Todo eso se puede hacer en principio por la red. *En principio*, porque la interacción, la colaboración, el intercambio de opiniones, se dan en la convivencia; no aprendemos solo de los libros. Sin el contacto directo y la presencia quedan como sustitutos el lenguaje y la imagen. ¿Serán suficientes?

“Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”. Esta conocida frase de Wittgenstein, si se la interpreta libremente, sugiere que mi mundo, la comprensión que tengo del mundo, se juega íntegramente en el lenguaje. Uno habla, escribe, escucha, lee, conversa y se comunica también en línea, de modo que no habría, en este aspecto, mayor incidencia de la presencia, en cuanto a los límites de mi mundo. Una clase en línea enseñaría tanto como una presencial, y no sería indispensable estar de cuerpo presente.

Si se admite que el ejercicio de la palabra - el acto de hablar y dialogar, argumentar, persuadir, disentir o concordar con el otro- puede darse tanto en una alocución virtual como en una presencial, resta, no obstante, de todos modos, que el medio de comunicación no es el mismo. El medio impone ciertas reglas, tácitas o expresas, a los actos de habla. Esto lo han tratado abundantemente los antropólogos de la comunicación. Mac Luhan mostró que los medios son constitutivos de los mensajes, es decir, no son externos a ellos: el medio condiciona el mensaje. El título de su libro es un juego de palabras: *The Message is the massage* (el mensaje es el masaje) Leer un libro impreso puede ser equivalente a leerlo en pantalla, suponiendo que los efectos sobre nuestro cuerpo, especialmente sobre la visión, son semejantes. En cambio, no es lo mismo escuchar que leer; es distinto oír un discurso por radio que verlo en televisión, y así por el estilo: el tipo de mensaje requiere de una determinada disposición de nuestro sistema sensorial y motor, a la vez, que provoca respuestas senso-motoras específicas: eso significa que el medio es masaje.

Empleamos el mismo término “lecciones” o “lecturas” para designar las clases orales. Esta sinonimia se da también en otros idiomas: las *lectures*, las *lecons* y las *Lesungen* alemanas, son clases orales. Los profesores alemanes a menudo dictar sus cursos ciñéndose a escritos y el nombre de *lecturas*, sería adecuado. La presencia parece superflua en este caso, y no es así: se suple la diferencia con tutorías, clases auxiliares y ayudantías, en las que se explican y discuten las ideas y temas expuestos en cátedra.

Menciono esto, porque este tipo de complementos es instructivo para nuestro tema. Se trata, justamente, de evitar que la educación en línea deje cicatrices ¿Qué hacer para evitar que se

produzca una brecha o diferencial formativo? Desde luego, es preciso hacer lo posible para que nadie quede privado de acceso a la red. Tal vez haya que prestar atención diferenciada a cada uno o a grupos de estudiantes, averiguar hasta qué punto se sobreponen a las nuevas condiciones, recurrir a cursos de nivelación o incluso a algún tipo de diferencia curricular, crear instancias de evaluación diferentes a las habituales de los cursos, orientadas a detectar rezagos y enmendarlos a tiempo. En fin, es preciso imaginar paliativos de la brecha.

¿Pero existe, efectivamente, una brecha? A los cursos en línea les falta, desde luego, el diálogo, el trabajo en grupos, la cooperación, etc., pero sobre todo les falta el entorno, la escuela, que es un espacio de socialización. Esto vale para el liceo con mayor razón, por tratarse de menores, pero la universidad está sujeta al orden de la convivencia y del poder, como cualquier institución.

La presencia, el estar ahí de cada uno con los otros, es inherente a nuestra condición y es insustituible, porque ni la imagen ni la oralidad y menos la sola escritura, pueden reemplazar la presencia. Se podría aducir, que el habitar en un ámbito artificial, como una cápsula espacial o en otro planeta, continuaría siendo una existencia intramundana. Hay quienes anticipan que las condiciones de vida humana post pandemia jamás volverán a ser lo que eran, que las nuevas tecnologías, sobre todo la digitalización, la automatización y la robótica, desarrolladas en pandemia, tenderán a hacerse permanentes y crearán condiciones de vida muy distintas a las conocidas.

Es posible que se impongan nuevas realidades y que los humanos adopten formas de conducta que hoy parecen paradójicas o aberrantes. Japón parece estar a la cabeza en la creación de realidad virtual; han diseñado mascotas artificiales, que sustituyen ventajosamente a los animales domésticos: la gente se encariña con ellos, los niños juegan con estos peluches, a estos no les afecta el encierro y son definitivamente más limpios. También han comenzado a celebrarse matrimonios de un humano con un holograma. El novio en uno de ellos, Akihijio Kondo, experimentó un flechado con el holograma, un flechazo demasiado humano, es cierto, pero ya se anuncia que en el futuro el novio o la novia serán diseñados y fabricados a pedido. Se dirá que la unión con un holograma no es propiamente un matrimonio, que el peluche artificial no es una verdadera mascota, que la vida en una cápsula espacial no es propiamente mundana, y así por el estilo. La diferencia sería sustantiva. No deja de ser sugerente que Heidegger evite sistemáticamente emplear la palabra *hombre*, en su análisis de la existencia, por estar lastrada, según él, de prejuicios antropológicos. Usa el término alemán *Dasein*, que significa “ser ahí” y que, mientras está ahí, habita como un *ser en el mundo*. La omisión del término *hombre* y el llamarlo con el neutro *Dasein*, “ser ahí”, es una afirmación enfática del rango ontológico asignado a la presencia, al ser con otros.

Si las condiciones de vida se alteraran radicalmente, lo que es improbable, pero no imposible, querría decir que la existencia humana intramundana que conocemos, se convirtió en una trans-humana y trans-mundana, de la que no estamos en condiciones de hablar. Y “de lo que no se puede hablar es mejor callar” (Wittgenstein *dixit*).

Un espacio de socialización es, desde luego, un lugar donde se producen relaciones de asociación, cooperación, reconocimiento y emulación. Todo eso lo hemos dado por sentado; también dimos por sobrentendido que las clases en línea suponen el acceso a la red, algo casi tan indispensable como alimentarse bien, pero no está garantizado: eso hace otra gran diferencia. El contingente de alumnos en la enseñanza del liceo el año pasado descendió en 40 mil estudiantes; en parte se debe a las dificultades propias de la educación en línea y en parte a las dificultades creadas por la pandemia misma. No dispongo de cifras para la universidad, pero la disminución de matrículas ha sido considerable este año, es notoria, pero es solo el síntoma cuantitativo de un fenómeno cualitativo: el déficit formativo, psicológico y moral, que trae el confinamiento. El virus no es tan democrático como se ha dicho: no ataca a todos por igual ni afecta a todos del mismo modo. Y todo lo que podamos hacer en este aspecto para facilitar los medios, no podrá suplir un esfuerzo adicional de auto educación y auto cuidado.

La cuestión del auto cuidado ha adquirido una súbita actualidad a raíz de la pandemia. No consiste únicamente en las medidas de auto protección, en realidad, el auto cuidado es una ética muy antigua, griega y romana, extendida también al cristianismo. Heidegger la retoma en la noción de *Sorge* o cuidado de la existencia y, más enfática y explícitamente, Foucault a través de la idea griega de epimeleia heautou. En *Hermenéutica del sujeto*, Foucault concibe el cuidado de sí mismo asociado con el cuidado de los otros, a través del poder: “Ocuparse de sí mismo, dice, está implicado y se deduce de la voluntad de ejercer el poder sobre los otros. No se puede gobernar a los otros, no se puede gobernar bien... si uno no se ha preocupado por sí mismo”.

Según eso, no habría conflicto entre el cuidado de sí y el de los otros. Sin embargo, la implicancia mutua de los cuidados, no guarda necesariamente relación con la voluntad de poder. Se puede ilustrar esta interdependencia con el caso de esta misma pandemia. El cuidarse uno mismo es una contribución a la salud pública, porque disminuye el riesgo de contagio, lo mismo que el descuido de uno pone en riesgo a los otros.

Si bien Foucault acude a los clásicos para aclarar la noción de auto cuidado, su intención no es apartarse de su época. Él se acerca a Séneca, Marco Aurelio y Epicteto, por un interés de encontrar en las prácticas de auto cuidado un padrón de vida. Séneca, pongamos por caso, desarrolla una serie de consejos de auto cuidado, y los pide respecto de sus propios actos. En *Cartas morales a Lucilio*, recomienda a este cultivar virtudes como: la fortaleza, la

fidelidad, la templanza, la afabilidad, el servicio, la sencillez, la modestia, la moderación, la sobriedad, el ahorro, la clemencia. Séneca insiste en que estas virtudes no se cultivan a través de las profesiones liberales..., sino a partir de la sabiduría, y la sabiduría (sophia) solo es posible desde la filosofía. Invita a Lucilio a que se piense a partir del cultivo de las virtudes, y este no es otra cosa que el cultivo de sí.

Siguiendo a Séneca, Foucault menciona algunas prácticas que ayudan al auto cultivo, pero la *epimeleia heautou*, según él, es una manera de estar en el mundo, de realizar acciones y relacionarse con el prójimo. El auto cuidado define una disposición o actitud fundamental, con respecto a uno mismo, a los otros y también con el entorno, abarca a la naturaleza misma: es una forma de vida, un modo ético de vivir.

La epimeleia es, por otra parte, la capacidad de cambiar la contemplación del afuera por el adentro o introspección. Esta posibilidad de mirarnos, implica una acción sobre uno mismo. Lo que Foucault llama “tecnologías del yo”, son las vías de acceso a sí mismo, tales como: la meditación, el examen de conciencia, la escritura, el dialogo, la ascética, el silencio, entre otras. Todas estas técnicas posibilitan el encuentro con el alma. “La filosofía se asimila al cuidado del alma... y ese cuidado es una tarea que debe realizarse a lo largo de toda la vida” (Foucault, 2011:468).

La epimeleia heautou también designa una serie de acciones, que uno ejerce sobre sí mismo; una serie de prácticas y ejercicios, que tendrán una larga historia en la cultura, la moral, la espiritualidad occidental. En su escrito *Ejercicios espirituales*, por ejemplo, Ignacio de Loyola recomienda un análisis de conciencia al final del día; y hacerse la pregunta: ¿qué he hecho hoy por la salvación de mi alma?

Existe una tensión, sin embargo, entre el cuidado de sí y el de los otros. La pandemia, para seguir con el ejemplo, es un peligro colectivo y provoca una respuesta también colectiva, pero el contagio es individual, de modo que el auto cuidado no es equivalente al cuidado del colectivo por sí mismo. El auto cuidado es indispensable, pero si no se restringen las reuniones, si no se aumenta el personal médico calificado, el número de camas, etc., el auto cuidado es insuficiente. A la inversa: si la gente, por fatiga, hartazgo o lo que sea, se niega a seguir las reglas, no hay política de salud que resista. Me parece que el ejemplo vale también para la educación. En este escenario de emergencia, por más indispensables que sean las medidas que adopten las autoridades, lo que haga o deje de hacer cada uno es decisivo. Auto cuidado significa aquí auto educación.

Resumiendo. En primer lugar, establecíamos una distinción en la enseñanza de las disciplinas humanísticas: cuando se imparten en el marco de las profesiones, las humanidades complementan la formación profesional, introducen a otros modos de pensar. Una ética profesional, por ejemplo, no es solo un código de reglas ad hoc para periodistas,

médicos, etc.; no puede perder de vista la perspectiva de una ética general: sea aristotélica, orientada por la pregunta “¿Qué es la vida buena?”, o una ética del deber, como la kantiana. Una ética profesional, aunque responda a una normativa, tiene en vista el desempeño, el *buen* desempeño profesional, y de lo que se trata es de capacitar en otros modos de pensar. En esto cabe la formación ciudadana y la preocupación por el mundo.

El segundo punto se refiere a la cuestión de las humanidades en la academia. El pensamiento libre y la crítica son la razón de ser de una universidad: afirmar esta libertad significa afirmar la autonomía de la razón, es decir, recusar las restricciones impuestas desde fuera al pensamiento y reconocer solo las reglas propias.

La pregunta acerca de una brecha o diferencial entre la educación en línea y la presencial, la abordamos recurriendo a la frase de Wittgenstein. Pero no nos procuró la respuesta esperada, salvo que la leamos en el sentido que “los límites de mi lenguaje” *no definen exhaustivamente* los límites de mi mundo, es decir, que el lenguaje no es la única instancia de socialización; también nos socializamos a través de las prácticas y la simple emulación. La presencia, por tanto, es indispensable y es preciso hacer lo posible por una vuelta a clases presenciales, tomando las medidas de resguardo necesarias. Enfatizamos el estatuto ontológico de la presencia valiéndonos de *Dasein* heideggeriano.

A propósito de la simetría entre el auto cuidado y el cuidado de los otros, recurrimos a esta noción extendiendo su significado a una ética del auto cuidado. En el actual escenario de emergencia, el auto cuidado se traduce en auto educación. En uno y otro caso, no bastan las medidas que adopte la autoridad, el auto cuidado es el complemento indispensable.

Reitero, por último, nuestra cálida bienvenida a los alumnos y alumnas, que ingresaron este año; les deseo a ellos y a los antiguos, mucha suerte; a los colegas y autoridades les agradezco su atención y paciencia.

por **Marcos García de la Huerta**